

COLABORACIÓN

Contra el prometeísmo apostólico

Gabino URÍBARRI*

“Es bastante contradictorio que la misión que el Señor nos ha confiado agote a tantos compañeros nuestros”

P. H. Kolvenbach, SJ

Esta última semana ha dado la casualidad de que me he encontrado con una serie de amigos y compañeros quejosos del ritmo de vida que llevaban. Una amiga religiosa me pedía que la supliera en una mesa redonda, pues ella no daba más de sí. Además, confesaba que no estaba en absoluto preparada para abordar el tema que le habían solicitado. Otro amigo me comentaba la culpabilidad que le generaba no hacer cundir más y mejor su tiempo, y eso que este año no ha tomado vacaciones... Ha empalmado sin solución de continuidad, de viernes a lunes, una beca de verano en el extranjero con el comienzo del curso en España. Un tercero me decía que necesitaba liberarse de la presión de tener que llegar a dar la talla en todos los frentes en los que andaba metido; eso estaba distorsionando su relación con Dios y convertía en infecunda su actividad apostólica. Para remate, un colega me pasó un pequeño texto en contra del “frenesí del bien”, suponiendo que encontraría en mí suelo abonado.

A nadie se le oculta la realidad de que muchos cristianos comprometidos nos hemos embarcado, con la mejor buena voluntad y espoleados por una generosidad encendida, en vidas estresantes, agobiadas, que nos generan angustia y no transmiten paz a nuestro alrededor. Ante esta situación, me preocupa: Primero, que el ritmo de vida de muchos de nosotros nos haga infecundos por pretender ser eficaces¹. Segundo, que busquemos una solución únicamente en los medios de salud y salvación que ofrece la sociedad moderna: curas de estrés, ejercicios de relajación, masajes, bioenergética, naturismo, etc. Tercero, deberíamos preguntarnos si no tenemos recursos propios, en nuestra propia tradición cristiana, capaces de sanarnos; recursos que, por lo que sea, no estamos empleando debidamente. En estas líneas quisiera poner sobre el tapete este tercer punto. Antes ilustraré los dos anteriores. Dejo para otra ocasión, e invito al lector a ello, una consideración de estos elementos desde una perspectiva más comunitaria o eclesial.

1. El estrés apostólico: una realidad que nos vuelve infecundos

Muchos de los que andamos comprometidos en los círculos creyentes vamos como locos frenéticos, con una actividad que nos desencaja, nos deshumaniza y desentona con nuestro propósito de llevar un mensaje de salvación, de paz, de alegría y de consuelo. ¿Cuántas veces oímos a nuestros compañeros bufar porque no llegan, porque no dan más de sí? ¿Cuántas veces nos lamentamos de no tener tiempo para cosas tan importantes como cuidar más la oración, la lectura espiritual y teológica, la vida comunitaria, la conversación espiritual? ¿En cuántos ejercicios anuales y retiros nos proponemos modificar nuestro ritmo de vida, reservar algo de tiempo para la familia, para los amigos, para esa gratuidad de la que tan bien sabemos hablar en contra de la sociedad consumista? ¿No hemos de reconocer que muchos de nosotros hemos inculado tanto estrés como nuestros conciudadanos consumistas? ¿Queda uno tan mal si no puede presentar en el equipo de trabajo una agenda que no esté atiborrada, al límite de las posibilidades; si ha de confesar que hasta ahora no ha tenido que coger el AVE o el avión ninguna vez para compaginar dos actividades en las que era imprescindible....! O, más caseramente, ¿quién puede decir que nunca le han coincidido dos reuniones el mismo día y a la misma hora, metidos como andamos en varios frentes simultáneos, pues la tarea del Reino urge y requiere magnanimidad de nuestra parte? ¿Quién de entre nosotros, cristianos comprometidos y convencidos de que en el Señor Jesús el Reino de Dios ha irrumpido de manera definitiva en nuestra historia, santifica la fiesta dominical para alabar a Dios y darle gracias? ¿Cuánto recargamos nuestro domingo con comisiones, reuniones, encuentros, jornadas, asambleas, tiempos extra para terminar un trabajillo?

* Jesuita, Profesor de Teología en La Universidad Pontificia Comillas. Madrid. /Revista “Sal Terrae”, junio 1999, pp 505-513.

¹ Sobre la diferencia entre fecundidad y eficacia resulta muy iluminador: P. VAN BREEMEN, *Transparentar la gloria de Dios*, Sal Terrae, Santander 1995, 93-140.

Con estos ritmos no resulta extraño que algunos se quemen o que, tras unos años de frenesí loco, echen de menos el contacto con los manantiales que rejuvenecen y esponjan. ¿Cómo nos puede llevar la fidelidad en el seguimiento del Señor de la Vida a ritmos tan estresantes, a modos de vida que han dejado de ser “sal” y “luz”? ¡Qué poco transparentamos las palabras del Señor!:

“Acercaos a mí los que andáis rendidos y abrumados, que yo os daré respiro. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sencillo y humilde: encontraréis vuestro respiro, pues mi yugo es llevadero y mi carga ligera” (Mt 11,28-30).

Se nos ha colado lo que podríamos denominar un *prometeísmo apostólico*. La convicción de que nos compete un protagonismo en la construcción de la historia santa corre el peligro de inducirnos a considerarnos protagonistas. De ahí la necesidad imperiosa de dar la talla, de no quedarnos rezagados, de cargar con el peso y el agobio de la marcha de la historia, de sumar actividades, compromisos y responsabilidades, como si nuestro tiempo y esfuerzo no conociera los límites humanos. Lo peor de este prometeísmo es que contiene una serie de rasgos infecundos, deshumanizantes y ateos, tan distantes del evangelio.

El frenético prometeísmo con el que tratamos de optimizar nuestra eficacia apostólica nos paga con *infecundidad*, porque genera ritmos de vida que repugnan al evangelio: buena noticia para los pobres y desgraciados, en las antípodas de la necesidad de cumplir la Ley (aunque sea la del compromiso liberador), con todos sus preceptos y esclavitudes. Porque no transmite la misericordia del Dios que acoge al pecador más perdido y le abre un nuevo horizonte, sino que transparenta a un Dios que exige rendimientos apostólicos. Porque no pone en contacto con Dios, sino con nuestros pesares y agobios; porque no acerca al Dios que conduce misteriosamente la historia, incluso a través de la muerte en cruz del justo de Nazaret, sino que pone en contacto con nuestros propios planes, éxitos y fracasos.

El prometeísmo que refleja nuestro frenesí es *deshumanizante*, porque no produce vidas felices, alegres, llenas de paz, rebosantes de agradecimiento, de bondad, de gozo, de ilusión. No llevamos vidas que den envidia por la dicha que transparentan. Conduce, por el contrario, hacia vidas en las que lo comunitario es difícil y debe ceder ante la exigencia del trabajo. Vidas al borde de la desilusión y la desesperanza, machacadas por el descontento, perplejas ante el abismo que media entre los titánicos esfuerzos evangelizadores prometeicos y sus logros, a veces casi ridículos.

El frenesí apostólico, locamente prometeico, enmascara bajo capa de bien raíces profundamente *ateas*, porque confía más en los medios, especialmente si son evaluables, que en la acción de Dios. Porque nos lleva a una imagen de Dios en la que éste aparece más que nada como un banquero exigente, parecido al dueño de los talentos ante quien no se atrevía a presentarse siquiera el que había recibido un talento (Mt 25,24-25). Porque da la impresión de que Dios cargaría todo el peso de su plan de salvación sobre nuestras espaldas, esperando ver lo que nosotros somos capaces de aguantar, hasta que caigamos reventados. Y esto, para empeorar la situación, sería la prueba palpable de nuestra inutilidad e ineficacia: Dios se habría equivocado contando con nosotros para tanta responsabilidad. Al final le fallamos, y eso nos hunde todavía más en nuestro fango miserable.

2. La salvación: ¿viene de los gentiles?

Con el activismo, el frenesí y el prometeísmo, participamos de un mal general en nuestra sociedad industrial capitalista. La misma sociedad se ha dado cuenta de ello, en cierta medida. Por eso se han excogitado remedios, instrumentos para recuperar la salud. Se ha generado toda una industria del consumo de la salud/salvación, donde nuestros contemporáneos buscan el bienestar integral que necesitan. La psicología, la literatura de “autoayuda” y todo lo relacionado con la salud corporal (dietas, masajes, relajación, meditación, deporte) conforman la *soteriología* que hoy triunfa en el mercado.

Cada vez va siendo menos extraño que en medios cristianos se acuda también, en grados diversos, a esta oferta de salud integral². No cabe duda de que entre estos recursos hay mucha sabiduría acumulada, que los antiguos monjes contemplativos cultivaron inteligentemente. El ejercicio físico moderado es sano y necesario. El silencio y la relajación muscular nos ayudan a encontrarnos con nosotros mismos. Algunos trastornos

² En Estados Unidos es normal encontrar en las revistas generales de información religiosa anuncios haciendo propaganda de años sabáticos o de reciclaje. Me impresionó el tipo de oferta, orientada según los dictados del mercado, con combinaciones de este tipo: especialistas en Sagrada Escritura, masajes, análisis de casos pastorales, aguas termales, revisión orante de la propia trayectoria creyente, fabulosas excursiones a parajes de ensueño...

graves de la ansiedad y la depresión mejoran notablemente gracias a la pericia de una atención profesional cualificada.

Ahora bien, ¿no resulta chocante que hayamos de buscar el equilibrio interior y corporal en fuentes ajenas al cristianismo? ¿No proporciona la fe cristiana recurso alguno para llevarnos hacia una vida humanizante, apostólicamente fecunda y en contacto con el Dios vivo? Si desde las filas cristianas acudimos en masa a estos recursos soteriológicos “paganos”, ¿no estamos confesando por la vía de los hechos que la salvación real no nos viene de la fe de Jesús?

3. Para una espiritualidad apostólica “antiprometeica”

No hay que despreciar ni anatematizar los medios “paganos” de salvación; nadie puede negar su virtualidad y la necesidad que tenemos de incorporar o rescatar su sabiduría en nuestro ritmo de vida. Muchos de estos elementos, por otra parte, estaban integrados en el ritmo de vida de los monjes: trabajo manual, silencio, ayuno o moderación en La comida, estudio y lectura. Más allá de lo que podamos recuperar de estas soluciones, habríamos de buscar también en nuestra propia tradición los antídotos en contra de este frenesí prometeico, potencialmente capaz de destruirnos.

Detrás del modo de vivir nuestro frenesí apostólico prometeico subyacen dos déficits y una malinterpretación. Sospecho que no hemos entendido bien lo que significa la llamada a colaborar con Dios en su plan de salvación, y que vivimos una vida cristiana con déficit de perdón y de acción de gracias. Examinamos honradamente en cada uno de estos aspectos podría ser un buen ejercicio personal y comunitario.

a) Llamados

Si la llamada se entiende mal, o no se combina con los otros dos aspectos que seguidamente mencionaré, puede convertirse en una carga pesada y aniquilante. Ciertamente nuestro Dios quiere, libre y gratuitamente, contar con nosotros en su obra de salvación. Por eso, ya en la alianza con Israel, llama y elige particularmente a algunas personas y les encomienda una misión. Quien se lo tome en serio, se dará cuenta de la responsabilidad que implica. Quien sienta en verdad que Dios le ha llamado no podrá seguir viviendo de la misma manera, sus tripas se habrán estremecido, y habrá comenzado a contemplar la historia con otros ojos.

Ahora bien, si la llamada implica que Dios cuenta con nosotros, nosotros hemos de contar con Dios. Pues el que realiza la misión es Dios mismo, a través nuestro. De manera típicamente católica, cuanto más nos comprometemos nosotros, tanto más puede Dios actuar a través nuestro, ya que Dios y el hombre no son concurrentes. De ahí que la llamada no nos convierta en Mesías ni en salvadores ni en los últimos responsables. Podemos caer en la tentación de creer que lo que Dios no haga a través nuestro no podrá hacerlo de otra manera; o de identificar nuestro rendimiento con el avance del Reino de Dios. ¿Depende el avance del Reino (sólo) de nuestro compromiso? ¿Es así como entendemos hoy de hecho, formulado en lenguaje pastoral casero, la gratuidad de la gracia?

El alimento de Jesús fue cumplir la voluntad del Padre (Jn 4,34). Así se manifiesta que el Padre y Él son uno (Jn 10,30). No puede haber fecundidad apostólica si ésta no brota y no conduce a una mayor intimidad y cercanía con Dios. Si el frenesí impide el progreso en la amistad con Dios, se convierte en uno de los mayores obstáculos para la fecundidad apostólica. Naturalmente, también es cierto que el mejor alimento para la oración es una vida apostólica que se pone en juego por Jesús, por el evangelio y por los de Jesús.

La llamada, la vocación, nos convierte, radicalmente en colaboradores de Dios. La pesada carga de la responsabilidad recae entonces, en primer lugar, sobre Dios; no sobre nosotros. Y esto es liberador. Si por poner en práctica la llamada caemos en un ritmo de trabajo en el que perdemos, devaluamos o decrece la intensidad y la calidad de nuestro contacto con Dios, lo que se siga de su puesta en práctica reflejará el deterioro de nuestra relación con Dios. Se alejarán de nosotros la ilusión y la frescura, la libertad y la esperanza que genera el entenderse como colaborador de Dios.

Cuando se siente inicialmente la vocación, se descansa en la llamada de Dios. Recibir la llamada y abandonarse al Dios que la susurra supone un alivio. Habríamos, pues, de conservar, recrear y volver a esa llamada original, que nos humanizaba, nos conducía a Dios y nos hacía fecundos. La llamada y la vocación son un don de Dios para el vocacionado, para la Iglesia y para la humanidad. Degustemos, pues, con gozo y alegría su dulzura, ciertamente exigente, pero no angustiante.

b) Perdonados

Recuerdo haberle oído decir, hace años, a J.I.González Faus que el cristiano tenía que hacer la revolución como un perdonado. En mi opinión, nuestra autoexigencia desmedida y nuestro frenesí delatan una vivencia insuficientemente interiorizada del perdón de Dios. No nos ha llegado a calar hasta los tuétanos que Dios nos ha perdonado y nos perdona. Que Él nos mira con amor. Que a Dios le pasa como a los niños pequeños cuando ven a sus padres: se les van los brazos en busca del abrazo.

Una de las mayores contradicciones que se viven hoy en nuestros ambientes pastorales y en nuestras comunidades cristianas radica en lo siguiente: por una parte, no nos cansamos de hablar del amor de Dios, de su misericordia, de su acogida y de su perdón: pero, por otra, tenemos francamente devaluado el sentido del pecado y hemos dejado muy de lado la práctica habitual de la celebración sacramental del perdón de Dios: la confesión³.

Desde un punto de vista cristiano, entiendo que el conocimiento -en el sentido bíblico fuerte- de la misericordia de Dios va parejo con el reconocimiento del pecado⁴. Es decir, estamos empleando un lenguaje sobre la misericordia que es, en la mayoría de las ocasiones, un correr de significantes vacíos. Este lenguaje no va acompañado de un estremecimiento ante lo que decimos, ni de unas prácticas orantes o de penitencia que atestigüen su verdad. El hijo pródigo pudo entender el amor de Dios, pues barruntó antes y comprendió en profundidad después lo que había hecho con su padre. El hermano mayor, sin embargo, no comprendió a su padre. Hasta ahora no le había causado ningún disgusto (cf. Lc 15,11s). Nosotros, cristianos comprometidos, no tenemos conciencia, en general, de darle auténticos disgustos a Dios. A la pecadora se le perdonó mucho, pues amó mucho. Simón simplemente se sorprende de que Jesús no supiera con quién trataba (cf. Lc 7,36s). Y a él no se le perdona nada, según el relato.

Si realmente nos viéramos día y noche como perdonados por Dios, acogidos por Él, abrazados y besados por Él, regenerados en la hermosa sangre de Jesucristo, no podríamos fustigarnos, tantos cristianos y tan a menudo, con culpabilidad y con una autoexigencia depredadora. Sabríamos descansar en la misericordia de Dios. Entonces trabajaríamos, ciertamente con denuedo, pero envueltos en la alegría y el consuelo del perdón. Y entonces miraríamos con indulgencia no solamente a los demás, sin ignorar los males de este mundo, sino que también tendríamos más indulgencia con nosotros mismos.

Un perdonado es, radicalmente, una persona que ha aceptado con humildad la necesidad de recibir algo que él no puede generar; se sitúa, pues, en las antípodas de un prometeísmo autosuficiente.

c) *Agradecidos*

Finalmente, el itinerario que Ignacio de Loyola propone en las meditaciones de los Ejercicios Espirituales culmina en el agradecimiento. Es sabido que Ignacio formula el fruto de lo que se va buscando en la petición. La de su última meditación dice así:

“Pedir conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo, enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad”⁵.

Para Ignacio, la gratitud ante Dios es el motor que nos puede llevar a un servicio más permanente a Dios; un servicio extensible a todos los campos y edades: un servicio en actividad y en pasividad, en salud y en enfermedad, en palabra y en silencio, en sueño o en vigilia, en comunidad o en soledad, en trabajo o en descanso, en éxito o en fracaso.

La gratitud verdadera genera una forma de exigencia que no quiebra a la persona; porque no conoce la ley de la deuda saldable, sino del exceso agradecido. La gratitud no endurece el corazón, ante los demás ni ante uno mismo, no impone rigideces ni alimenta angustias. La gratitud no conduce a la amargura ni al descontento ni a la autoflagelación.

La gratitud genera ilusión, esperanza, deseos de trabajar, de entregarse. La gratitud produce confianza. La gratitud implica un estilo de vida en el que uno se regenera continuamente desde Dios y se entiende desde la fiesta que Dios quiere tener con nosotros. La gratitud exime de tener que demostrar nada o dar la talla.

³ Ofrece perspectivas muy interesantes: E MILLÁN, “Para una renovación del sacramento de la penitencia”: *Miscelánea Comillas* 55 (1997) 3-22.

⁴ Este aspecto aparece con gran claridad en la dinámica de la primera semana de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio.

⁵ EE 233.

Permite situarse en una órbita de empatía, de encuentro, de complicidad, de colaboración; pero sabiendo de fondo que todo esto es un exceso, solamente inteligible desde el gozo de corresponder y por la verdad de la reciprocidad del corazón, que no puede situarse de otro modo.

4. Apóstoles de Jesucristo, no “prometeos”

Vivir desde estas claves merece la pena. por la verdad evangélica que contienen. Porque lleva a una vida auténticamente creyente en Dios; una vida que cuenta realmente con Él mucho más que con nosotros mismos. Porque brilla con luz propia, al engendrar formas de vida tan humanas y tan bellas, tan envidiables y plenas. Porque produce una fecundidad espectacular, la de los verdaderos testigos del Dios vivo, La del ciento por uno.

Si, por añadidura, miramos a nuestra Iglesia y nuestra sociedad, no cabe duda de que ambas necesitan hoy urgentemente apóstoles. Es decir, personas que se sientan radicalmente enviadas por Dios a colaborar en su plan de salvación. Le sobran activistas frenéticos que se destrozan por confiar en sí mismos. De esos ya hay muchos, forzados a ello por la dinámica de la competencia empresarial.

La Iglesia y la sociedad de hoy reclaman acuciantemente apóstoles. Es decir, mensajeros y testigos del perdón de Dios. Vivimos en una sociedad donde la culpabilidad y la agresividad contra uno mismo causa estragos en la conciencia de nuestros conciudadanos. Abundan en exceso las existencias autoflagelantes que, encima, suscitan la mala conciencia.

La Iglesia y la sociedad de hoy precisan apóstoles. Es decir, gentes configuradas por la alegría que procede de la acción de gracias; liberados de la servidumbre de tener que demostrar nada a nadie, capaces de contagiar la danza de la salvación.

La sociedad de consumo capitalista está hastiada de ritmos agobiantes de trabajo, inhumanos. Echa en falta ritmos de vida que humanicen y enriquezcan amablemente la vida.

Nuestra sociedad rebosa de expertos en eficacia; las empresas los producen constantemente. Sin embargo, faltan personas capaces de esparcir fecundidad.

En nuestra sociedad, el ateísmo práctico y la superstición están a la orden del día. A nuestros contemporáneos les falta encontrarse con gente que les muestre caminos concretos y realizables para avivar sus entenderas para lo de Dios y orientarlas en la dirección correcta.

Nos encontramos, pues, en condiciones ideales para ser testigos de lo que la sociedad y la cultura están pidiendo a gritos. No nos dejemos engañar por las trampas de nuestra sociedad y nuestra cultura. Estamos de lleno en el tiempo oportuno (el *kairós*) para los apóstoles de Jesucristo.